

La princesa de barro-

Alfredo Savy



Image not found.

Capítulo 1

LA PRINCESA DE BARRO

Alfredo Savy

En un mundo de plástico y ruido,

quiero ser de barro y de silencio.

EDUARDO GALEANO

1

Embarrada

Ana leía una novela tranquilamente en un sillón, a un lado su gato Florencio, que era gris como una tormenta, ronroneaba y la miraba con cara de cansado.

Afuera la lluvia no dejaba de caer, ella pensaba que estaban tristes los ángeles. Continuó con la lectura, a ver si llegaba su madre del supermercado y la interrumpía, pidiéndole que dejara ese libro, que se pusiera a hacer algo productivo, como si leer no fuera ya un hecho productivo para su mente. Ese día era feriado, no había ido a la escuela e igual había querido levantarse temprano para tomar unos mates, disfrutar de la mañana y continuar su lectura, aunque el día no ameritase para salir a ver el sol entrar por las ventanas, porque en tal caso no había sol, sólo nubes grises como su gato Florencio y las ventanas con pecas transparentes. De pronto una explosión muy fuerte hizo vibrar toda la casa, su gato saltó del sillón y cayó al suelo con los pelos erizados. Ana dejó el libro asustada, fue a la habitación de su hermanito de seis años a despertarlo, pero él ya estaba despierto debido a la explosión. Lo vistió –él ya sabía vestirse solo, pero para ganar tiempo prefirió vestirlo ella- y salieron a la calle juntos. Ya no llovía, sólo había humedad y estaba saliendo el sol entre las nubes.

Ana volvió adentro a buscar al gato Florencio, caminaron los tres buscando de dónde se había originado aquella explosión, parecía que se había dado a unas cuadras de allí. Fueron hacia el centro de la ciudad, por calles mojadas y, al acercarse al centro, algunas veredas estaban rajadas por grietas enormes que atravesaban la calle y la gente que caminaba por las veredas de enfrente tenía que andar saltando esas grietas y

escombros que llegaban hasta sus pies.

Al llegar a la calle principal, mucha gente corría en dirección contraria a ellos tres, muchos llevaban las frentes chorreadas de sangre, o los brazos heridos, otros arrastraban sus piernas quebradas. Era evidente que en el centro había ocurrido un accidente muy grande, pero aún no sabían de qué se trataba. Continuaron caminando, ahora con cierto temor, no entendían por qué la gente pasaba así junto a ellos, tan heridos; no sabían lo que había ocurrido, pero sí que había sido algo de gran magnitud.

A medida que se acercaban a la plaza central, podían observar que los edificios estaban destruidos, ya no tenían ni puertas ni ventanas, los vidrios que antes les había pertenecido estaban fragmentados en el suelo, los autos con mucho polvo encima y con los vidrios rotos o agrietados, algunos coches tenían escombros en sus techos o capós, otros abollados como latas de gaseosas al ser pisadas.

El suelo ya no era plano y firme, sino montañoso y quebradizo. Ana, su hermanito José y su gato Florencio caminaban con mucho cuidado y con mucho miedo y, al llegar a la esquina de la plaza central, descubrieron lo que realmente había sucedido. Un gran cráter se extendía en un diámetro de aproximadamente una cuadra a la redonda y en el centro había un gran meteorito de color tierra, que humeaba y emanaba un gran calor. Ese meteorito tenía poros y era de un gran tamaño, había caído en medio de la calle, entre la plaza principal y la Municipalidad. El asfalto estaba todo rajado y el meteorito estaba incrustado en el suelo, hasta verse sólo la mitad.

Mucha gente había muerto y algunos autos asomaban sus mitades intactas por debajo de la gran piedra, aunque sus otros extremos habían quedado aplastados. Ana llevaba al gato Florencio en brazos y, junto con José, tenían que esquivar los escombros al caminar, e incluso los muertos o heridos, ramas y chatarras que se hallaban desparramadas por toda la avenida.

La Municipalidad había sido aplastada hasta la mitad y no se sabía si el intendente se encontraba allí en el momento del impacto o no; lo que dejaba preocupados a muchos de sus seguidores.

Las ambulancias y patrulleros comenzaron a llegar con mucho espanto, las sirenas sonaban de todos lados, los médicos no daban abasto y Ana, que no se impresionaba al ver sangre, ya que pensaba irse a la capital a estudiar medicina, pensó en ayudar a toda aquella gente herida. Aunque no podía someter a su hermanito a ver esas imágenes tan desgarradoras, porque quien sufre una herida también sufre en su alma, aunque no necesariamente sea así en caso contrario. Por eso, lo dejó sentadito a José y a su gato en las escalinatas del Banco Provincia, pidiéndole que no

se moviera de allí y fue a ayudar. Tal vez podría encontrar a su madre ahí, aunque no quería que eso pasara, creía que su madre no se había alejado demasiado de la casa para hacer las compras y que no había llegado hasta el centro antes de la catástrofe. Tenía esas esperanzas, pero estaba preparada para encontrarse en esa situación o por qué no, con algún otro familiar, amigo o conocido.

Los nubarrones se apoderaron del cielo nuevamente, tal vez por el choque entre el aire frío y el calor que emanaba el meteorito, lo cierto es que las nubes grises lo envolvieron todo y comenzó a llover a baldes. Ana, empapada, ayudaba a los heridos entre los escombros y el barro.

José y el gato Florencio se refugiaron del agua debajo de un tinglado del Banco, acurrucándose del miedo, esperando que su hermana volviera pronto.

Mientras tanto, Ana seguía ayudando a los heridos y, aunque no era médica, hacía lo que podía, incluso aceptaba las sugerencias de los especialistas que le indicaban lo que debía hacer. Por suerte, hasta el momento, no había encontrado herido o muerto a ningún conocido y fue así, ayudando, cuando la noticia llegó hasta sus oídos: el intendente se encontraba en su despacho, dentro de la Municipalidad, en el momento de la desgracia y había muerto.

- ¿Y ahora quién va a organizar todo esto? –preguntó una vecina muy preocupada por el caos.

- Ya nos organizaremos, –dijo Ana- entre todos nos organizaremos.

- ¡Necesito un médico acá! ¡Urgente, un médico! –gritó un vecino- ¡Este hombre necesita que lo atiendan!

- ¡Yo puedo ayudar! –dijo Ana, acercándose.

La lluvia había cesado, Ana buscó apósitos, cintas y otros objetos que sirvieron para vendar heridas y calmar espíritus desesperados. El sol se asomó entre las nubes, a pesar de eso, el barro, el agua en los charcos y la que chorreaba de sus ropas seguía molestando, seguía haciendo más trabajosa la labor médica.

Una explosión proveniente del meteorito hizo que todos las personas allí presentes, entre heridos, médicos, civiles colaboradores, policías y bomberos miraran de forma unánime hacia la gran roca y vieran cómo una parte comenzaba a incendiarse. Los bomberos, que hasta ese momento sólo habían estado expectantes, buscaron rápidamente las mangueras en sus autobombas y se dispusieron a apuntar sus chorros implacables contra el fuego que abrasaba al meteorito. Al hacerlo desde una distancia considerable, por precaución, no por falta de longitud de las

mangueras, mojaban a pacientes y a médicos que estaban debajo suyo y aquella lluvia artificial, creada por bomberos y no por nubes, complicaba aún más las cosas. Ana les pidió a esos señores que se acercaran más al meteorito para apagar el incendio, porque los estaban empapando a todos allí. Por fortuna, esos hombres que sólo cumplían con su deber, se acercaron a la gran piedra y ya, viendo que no había más explosiones o que nada peligroso sucedía con esa inmensa albóndiga, continuaron echando agua y terminaron de apagar el fuego, dejando sólo algunos humitos en la superficie de aquella bola rocosa.

Ana seguía asistiendo a varios heridos a la vez, a su alrededor había matriculados y enfermeros y enfermeras, ella estaba tan concentrada que no se detuvo a escuchar con atención quién era el niño que estaba llorando a lo lejos, cuando miró casi mecánicamente hacia el Banco Provincia, a donde había dejado sentado a su hermanito José y, abrazando a su gato Florencio, lo vio llorar desconsoladamente. Reflexionó y descubrió que había estado unos minutos escuchando aquel llanto mientras atendía a los heridos, sin saber que era su propio hermano quien la necesitaba ahora y que, por lo tanto, se había olvidado por completo de ellos dos y se sentía culpable. Así que inmediatamente corrió junto a Josecito, que seguía llorando a gritos, y lo alzó en brazos con gato y todo y lo apretó y lo besó, pidiéndole disculpas, jurando que no lo volvería a dejar solo. Intentó llamar a su madre, pero los celulares habían dejado de funcionar. Debía alejar a José de ese lugar, para eso había dos opciones: volver a su casa y quedarse con él y con su madre, o llevar a José a la casa, esperar que su madre regresara, si es que no había regresado aún, y volver a asistir a los heridos. Eligió la segunda opción, ya que la primera suponía quedarse en su casa y aburrirse, sabiendo que había mucho que hacer allá afuera. Por eso eligió la segunda opción, por razones que se explican al no elegir la primera: se sentía útil en ese lugar y era donde ella quería estar.

2

La invasión

Al regresar a su casa para acompañar a Josecito, Ana vio imágenes aterradoras; la destrucción, las muertes y los heridos se habían prolongado más allá del lugar del impacto, tal vez debido a una onda expansiva, tal vez porque muchos huyeron asustados con sus heridas, otros no pudieron avanzar más y cayeron al suelo, quedando sus cuerpos inmóviles a unas cuadras de la plaza principal. Al caminar, Ana le tapaba los ojos a Josecito para que no viese aquellas imágenes, por lo tanto, su hermanito caminaba ciego, trastabillando cada tanto. De esta manera llegaron hasta la puerta de su casa.

Ana pensó en abrir la puerta, lanzar a Josecito adentro y huir a toda carrera, porque cuando su madre se enterara de sus propósitos, le

prohibiría terminantemente volver al lugar de la catástrofe, aunque fuera para ayudar a quienes la necesitaran. Eso fue lo que pensó, en dejarlo a su hermanito, pero no podía dejar solo a José, podría pasarle algo y su madre eso sí que no se lo perdonaría, además de que ella lo amaba y tampoco quería que le pasara nada. Así que ambos entraron, con su gato Florencio en brazos y caminaron por el pasillo de la casa hacia la cocina, donde seguramente se encontraría a su madre. Y allí estaba efectivamente Malena, que así era el nombre de su progenitora, una mujer alta, con claritos en el pelo y con cierto carácter que a veces chocaba con el carácter justiciero de Ana, como chocan las olas con las piedras de una bahía. Su madre Malena estaba sacando productos de una bolsa de supermercado y ordenándolos en el lugar correspondiente. No estaba sola, sino con una vecina llamada Aurora, que era bastante chusma y que seguramente se pondría del lado de su madre a la hora de argumentar contra sus objetivos solidarios.

- ¿De dónde venís? –preguntó su madre. La vecina Aurora la miró intimidante para asegurarse de que Ana dijera la verdad.
- De la placita –mintió Ana.
- No me mientas, pasé por ahí recién y no estabas –argumentó su madre.
- Es que vine por otro camino, recién llegué –dijo Ana.
- ¿Te enteraste que cayó un meteorito en la plaza principal? –preguntó su madre Malena.
- Sí, hizo un estruendo terrible –aclaró Ana, como si su madre no lo hubiera sentido.
- No te habrás ido a meter en lo del meteorito...-dijo su madre, conociendo sus iniciativas solidarias.
- Nooo, mamá, mirá si yo me voy a ir a meter en eso...-aseguró Ana.
- Decime, hijo, ¿a dónde fueron? –preguntó Malena a su chiquito.
- No lo metas a él, sí, estaba en lo del meteorito ¿cuál es el problema?
- Precisamente eso, que no quiero que te metas en problemas.
- El problema es no meterse, porque hay mucha gente que me necesita.
- Bueno, pero quédate acá y punto.

- Vine a traer a José y ya...
- No pensarás volver a ese lío...
- Me necesitan, yo quiero ayudar.
- Ana, te prohíbo que vuelvas a ese lugar, soy tu madre.

La vecina miraba desafiante.

- Mamá, debo volver, la gente me necesita.

Antes de que su madre pudiera responder, Ana ya había dado el portazo definitivo que marcaba su triunfo en la discusión. Corrió durante cuerdas hasta llegar al centro de la ciudad, donde se hallaba el gran impacto. Durante la carrera sintió cómo el viento de la libertad le besaba la cara, su pelo volaba flamante como una bandera al sol, su corazón galopaba como un caballo bravío.

En la plaza la gente seguía necesitando ayuda; los caídos miraban a su alrededor en busca de un médico que acudiera a curar un brazo, una pierna, una herida mortal. Por suerte Ana ya estaba allí de nuevo, lista para colaborar con los caídos.

Un señor de unos cincuenta años tenía su pierna izquierda atrapada debajo de grandes escombros, intentaba levantarse, pero no podía. Ana llegó junto a él, pero la fuerza de sus brazos no era suficiente para levantar ese gran peso, así que acudió a un hombre que había más allá y juntos pudieron librar al señor de la pierna atascada. Esa pierna no se veía para nada bien, el hombre que ayudaba a Ana lo levantó al herido, lo cargó en su auto, que estaba estacionado de culata a unos metros, y se lo llevó rápidamente, lo más probable era que fueran al hospital más cercano, aunque a esa altura ese hospital estaría repleto de heridos que estaban siendo atendidos y de otros que esperaban su turno.

Luego de que el auto se marchó, Ana descubrió que a su alrededor mucha gente nueva ayudaba y estaba con su auto estacionado, a la espera de salir rápidamente hacia una clínica u hospital con algún herido. Por un instante se detuvo a observar el gran meteorito, pudo ver con claridad los poros, la corteza arenosa de su superficie, pero además vio un pequeño rayo de luz azul que salía por uno de los poros, luego otro poro se encendió con otro rayo de luz azul y otro y otro. El suelo comenzó a vibrar, los cascotes y escombros saltaban en el asfalto. Ana corrió a refugiarse a un cajero automático del Banco, porque sabía que algo iba a ocurrir con esa roca toda luminosa. Efectivamente fue así, una explosión sobrevino de adentro del meteorito, pasando sus restos a gran velocidad frente a la puerta del cajero automático donde estaba Ana. Algunos de esos restos dieron de lleno en la puerta de vidrio del cajero y lo hicieron

estallar en mil pedazos. Ana hecha una bolita en un rincón pudo sobrevivir, pero no se sabe qué hubiese pasado si ella hubiera estado mirando lo que sucedía con el meteorito en ese momento.

Cuando todo pasó y Ana percibió que ya podía salir de aquel refugio, se asomó, miró en dirección a la gran roca y se horrorizó al ver que el meteorito había estallado y que en su interior había contenido todo ese tiempo una nave extraterrestre, dispuesta a presentarse en el momento que considerara oportuno. Pudo ver también cómo se abría una escotilla y comenzaban a bajar unos humanoides armados que disparaban a las personas que veían cerca; los heridos y los médicos caían desplomados bajo los disparos.

Ana sintió escalofríos correr por todo su cuerpo, creyó estar soñando una pesadilla, pensó que tal vez era un gran armado de alguna producción cinematográfica y que ella había ido a meterse allí sin saber, tal vez el director la había dejado participar como extra de la escena; pero no, miró todo lo que sucedía a su alrededor con sus propios ojos y no vio ningún set de filmación, todo estaba sucediendo realmente; una invasión alienígena era inminente.

3

La rebeldía

La policía disparaba sus balas y a algunos extraterrestres logró reducir, pero sus armas no se comparaban con la de ellos. Los bomberos también disparaban agua con las mangueras, que son un poco sus armas, pero la fuerza del chorro hídrico no inmutaba a los humanoides. Ana, desesperada, corrió a cubrirse detrás de un camión de gaseosas. En ese momento el camión se movió, ella se apartó, el vehículo arrancó, vio que en la parte de atrás la caja estaba quedando vacía de packs de gaseosas, porque la gente los tiraba al pavimento para hacerse un lugar, subir y escapar. Dejaron algunos packs sobre el vehículo para poder tomarlas en caso de sed. Ana se subió también y ayudó a algunos a hacerlo. Un hombre levantó a una anciana y la cargó en la caja del camión; eran unas treinta personas aproximadamente. El vehículo avanzó y comenzó a alejarse del lugar, pero un rayo láser cayó muy cerca, provocando el desmoronamiento del balcón de un edificio. Los escombros cayeron sobre una parte del camión, hiriendo a varias personas. Ana los contuvo y asistió, tomó la campera de algodón de un hombre que se la ofreció, la rajó en tiras e improvisó vendas para cubrir las heridas.

A un lado del camión había un gendarme disparando a los alienígenas. Ana sintió que ella estaba allí para ayudar, no para escapar. En ese momento el gendarme fue atravesado por un rayo láser, dejando caer su fusil. Ana saltó del camión en marcha, le tomó el pulso al gendarme, aunque estaba segura de que no podría haber sobrevivido a semejante

disparo, y corroboró que estaba muerto, tomó el fusil y se lo colgó del hombro. No entendía muy bien lo que estaba pasando, pero sí que se iniciaba una guerra y miró con valor hacia la nave que estaba rodeada de extraterrestres asesinos.

4

La conspiración

Un alienígena se llevaba hacia la nave a una mujer indefensa, Ana apuntó, cerró los ojos y disparó una descarga a aquel ser abominable, que cayó detrás de la mujer. Rápidamente esa mujer salió corriendo y tropezó asustada, pero pudo escapar. Ana estaba anonadada por lo que acababa de hacer, no sabía si realmente había sido ella quien había matado al alienígena, pero si era así, estaba contenta de haber ayudado a la mujer a escapar. Otro ser repugnante miraba con odio a uno de los bomberos que estaba ayudando. Ana lo interceptó y le disparó antes de que ese bicho asqueroso pudiera matarlo, pero otro bicho la vio a ella y le disparó, sacándole un pedazo de corteza a un árbol que estaba a su lado. Ella corrió a refugiarse detrás de una ambulancia. Cuando se asomó, los extraterrestres estaban todos despistados, o de lo contrario, tan concentrados en matar gente que descuidaron la entrada a la nave, descuidaron la puerta a esa otra dimensión, a esa otra cultura, a ese otro mundo que Ana aprovechó a atravesar y pronto se vio dentro del aparato.

Adentro estaba oscuro, salvo algunas luces pequeñas que alumbraban a pocos centímetros de ellas. Ana creía caminar por una pasarela de goma. Pronto llegó hasta un compartimento donde se escuchaba hablar a los extraterrestres, en un idioma irreconocible, pero notó que alguno de esos seres hablaba en español. Se asomó a la puerta, procurando que no la vieran y lo que observó fue muy extraño. En una especie de altar había un alienígena sentado en un sillón de metal y hablaba con otros seres muy similares a él, aunque se notaba que era más bajito que sus acompañantes. Sin ninguna duda, ese alienígena era el líder, pero lo que más le causó impresión a Ana fue que no sólo se trataba de seres de otro planeta quienes hablaban entre sí ahí, sino que había tres humanos de saco y corbata y parecían estar negociando con ellos ¿cómo era posible que aún no los hubieran atravesado con un rayo láser? Había una sola explicación: eran sus aliados.

Entre esos tres humanos había un traductor que escuchaba el idioma de los extraterrestres y se lo comunicaba en español a su jefe humano y a un asistente.

Tal vez negociaban para que dejaran de asesinar gente, aunque por otro lado, no parecían estar preocupados en impedir que eso ocurriera. Ana agudizó sus oídos y pudo escuchar algo de la conversación, justo cuando

el traductor escuchó el idioma extraño y repitió en español lo que había dicho el líder alienígena:

- Ya tenemos la ciudad tomada.

- Perfecto ¿cómo van con el resto del país? –preguntó el humano frente al bicho asqueroso.

El jefe extraterrestre habló y el traductor repitió en español:

- Ya hay varias ciudades tomadas, muy pronto todo el país será nuestro. Convenceremos a todo humano a convertirse a nuestra civilización o, de lo contrario, lo mataremos.

- Me parece muy bien –dijo el jefe terrícola-, se lo comunicaré al presidente, se va a poner muy contento con esta noticia.

El traductor le habló al bicho fofo y éste lanzó una especie de risa macabra que aturdió a todos.

Ana no podía creer lo que había escuchado: el propio presidente estaba al tanto y no sólo eso, sino que era quien comandaba a los alienígenas.

Buscó la salida, pero un extraterrestre venía entrando y tuvo que ocultarse, su fusil era tan grande y pesado, que le costó esconderlo junto a ella. Cuando el bicho asqueroso pasó, ella corrió, salió a la luz, bajó por el meteorito con el fusil colgado del hombro y llegó a la calle.

Un alienígena apareció a sus espaldas, ella giró y antes de que él pudiera siquiera apuntarle, lo derribó de una descarga. Vio que un muchacho se acercaba, pero si no era más que su compañero de escuela, Jacinto.

- Ana ¿qué hacés acá? –preguntó él, mientras caminaban juntos.

- Jacinto nos tenemos que ir, es muy peligroso este lugar –dijo ella.

- Pero ¿cómo? ¿vos no formas parte de la nueva era?

- ¿Qué era? –preguntó Ana angustiada por lo que estaba pasando.

- Ahora somos parte de una nueva civilización. Ellos tienen una cultura más avanzada, su tecnología supera ampliamente la nuestra, su idioma carece de errores, ellos son perfectos.

- ¿A quiénes te referís con "ellos"? –indagó la muchacha preocupada por su amigo.

- A los Propulsorxs.
- ¿A los extraterrestres?
- Yo no los llamaría así, ya son parte de la Tierra.
- ¿Te volviste loco? ¿Vos los apoyás?
- ¿Por qué no? Son perfectos ¿Vos no?
- ¿Cómo podría seguir a unos seres que nos quieren destruir?

Jacinto habló para sí mismo:

- Entonces no me das otra opción.

El muchacho sacó un jeringa con un tranquilizante y se lo clavó en el cuello a Ana. Ella cayó desmayada, luego de dar unos pasos en la vereda.

5

Toma de conciencia

Al despertar, Ana se dio cuenta de que estaba acostada sobre una fría camilla de metal, atada de pies y manos. A su alrededor varios alienígenas la observaban con atención y sobre su cabeza había unas cuantas luces enceguedoras. Quiso escapar, pero era imposible, gritó y unas manos verdes y pegajosas le taparon la boca. Se quedó quieta con la intención de que el alienígena retirara la mano asquerosa de su boca. Así fue, el bicho extraño alejó su mano cuando notó que Ana ya se había tranquilizado.

Después llegó el líder, que con sólo apoyar su dedo daba electricidad a todo aquello que tocaba. Apoyaba su dedo en una pierna de Ana y lanzaba su risa macabra, mientras la joven se retorció de dolor.

Luego el líder habló en su idioma, tal vez les había pedido a sus soldados que soltaran a la muchacha, porque rápidamente los demás extraterrestres le desataron las correas y ella pudo bajarse de la camilla insultando y escupiendo a esos bichos deformes. Estaba parada frente al líder, mientras un soldado extraterrestre sujetaba sus manos por detrás.

El líder se acercó, estiró su verde brazo hacia la puerta y señaló con un dedo deforme, dijo unas palabras extrañas y luego el dedo señaló el suelo de la nave. Luego dijo claramente en español: "muerte".

Seguramente esa era una de las pocas palabras que el bicho sabía decir en español, pero bastó para informarle a Ana, que si la volvía a ver por

allí, la mataría. Eso tal vez era lo que había dicho en su idioma, porque en seguida los guardias la empujaron hacia la salida, hasta que sus pies tocaron parte del meteorito.

Ana estaba furiosa y desilusionada, porque había perdido su fusil, ahora debía conseguir otro para combatir a esos seres. Pero se dio cuenta que ella sola no podría lograrlo y pensó: "*Debo formar un ejército*".

6

Puntos de vista

Como estaba muy cansada, decidió volver a su casa, comería algo, repondría energías y buscaría la forma de juntar aliados.

En la casa estaba su madre con su hermanito José mirando televisión en el living. Al ver a su hija, Malena se levantó del sofá y muy enojada le dijo:

- Por fin llegás ¿de dónde venís? ¡Pero qué mugre traés!
- Sabés bien, mamá, que fui a ayudar a los heridos.
- ¿Pero qué heridos? ¿No ves que esos son todos simulacros de la gente que está en contra de los Propulsorxs? Ellos vinieron a salvar a la raza humana que está en decadencia.
- Mamá, no seas ingenua, no vienen a salvarnos, vienen a destruirnos ¿no te das cuenta? Dejé de mirar esos canales que ya son cómplices de los extraterrestres.
- Pero hija, ¿Quién te metió eso en la cabeza?
- Nadie, yo misma estuve ahí y vi todo de cerca, sé perfectamente lo que está pasando y no necesito ver televisión para darme cuenta.
- Sos tan chiquita, hija...
- No soy chiquita, mamá, este año cumpla dieciocho y me voy a ir a estudiar medicina, si es que no me persiguen esos bichos horribles y no me dejan hacer lo que yo quiero.
- ¡Ay, pero hija, ¿cómo vas a hablar así de nuestros salvadores?! ¿Mirá si te escucha tu padre, que en paz descansa! Él siempre quiso lo mejor para vos y esta nueva civilización vino a salvarnos, así que tu padre estaría orgulloso de ellos. –dijo su madre muy convencida.

- ¡No metas a papá en esto! –gritó rápidamente Ana, ya cansada de que cada vez que su madre se sentía acorralada en una discusión, involucrara la palabra ausente de su padre, al que ella había conocido en la infancia y que seguramente estaría orgulloso de ella y no esos monstruos mentirosos, que engañaban a la gente y que pretendían dominar a los humanos.

- ¡Qué diría tu padre si te viera así, tan rebelde! –acusó su madre.

- ¡No lo metas a él en nuestras discusiones! ¡Está bien, seguí mirando esa televisión basura, me voy a acostar un rato, es imposible hablar con vos, mamá! –dijo Ana a punto de largar el llanto y el portazo en su habitación retumbó en toda la casa.

La madre se quedó enojada, refunfuñando, pero no quiso seguir discutiendo con su hija, porque lo iba a hacer sentir mal a Josecito, que había estado escuchando todo y les pedía que no pelearan.

Mientras tanto, Ana en su habitación aplastó su cara sobre la almohada y se largó a llorar. Era un llanto contenido, por todas las cosas horribles que había visto aquel día, por el maltrato recibido por parte de los alienígenas en aquella nave repugnante, por el engaño en que vivía toda la gente, pero sobre todo, por la discusión que había tenido con su madre, a la que amaba tanto y con la que no podía coincidir en nada. Ana creía que esa brecha entre las dos era más fácil de franquear de lo que parecía, sólo tenía que sacarle la venda de los ojos, sólo tenía que demostrarle que estaba equivocada, que mucha gente se equivocaba por creer en todo lo que veía por televisión y que eran mentiras. Tal vez en algún momento la podría acompañar a la plaza y se daría cuenta.

Quiso pensar en sus posibles aliados, pero el sueño la vencía. Su madre la llamaba para que fuera a bañarse; pronto estaría lista la cena. En ese momento descubrió que se había acostado toda embarrada sobre el acolchado limpio de su cama. Su mamá la seguía llamando, pero sus ojos se cerraban sin poderlos mantener abiertos. Escuchó la puerta de la calle; era su padrastro que volvía del trabajo, tenía una ferretería y hacía años que mantenía aquella familia.

Cuando su madre entró violentamente en la habitación, Ana dormía plácidamente, con la cara embarrada y las botas puestas aún, también llenas de barro.

7

Discursos emancipadores

A la mañana siguiente, cuando se despertó, Ana notó el estómago vacío y recordó que la noche anterior no había cenado. Se levantó, se bañó y se

preparó un buen desayuno. En las noticias anunciaron que las clases se suspendían hasta nuevo aviso. Ana supo que tenía el día libre para organizar una emboscada contra esos seres repugnantes.

Su madre andaba por el patio, seguramente tendiendo ropa, y Josecito dormía. Eran las nueve y media de la mañana, tomó una hoja y comenzó a hacer una lista de su ejército, allí se encontraban amigos y amigas, compañeros y compañeras de escuela, familiares, pero pensó que de esa manera perdería más tiempo, ya que tenía que preguntarles uno por uno si querían combatir junto con ella a los alienígenas o no, y no sabía cuáles estaban de su bando y cuáles no. Lo mejor era salir a la calle nuevamente e intentar formar el ejército con los que encontrara allí.

Saludó a su madre a la pasada, anticipándole que no la esperara para almorzar. Al pasar junto al sofá, saludó a su gato Florencio. Su madre intentó detenerla, pero Ana fue más rápida y ganó la calle inmediatamente.

Al llegar a la plaza, Ana creyó que lo más conveniente era ir por la parte trasera del meteorito, es decir, por detrás de la nave. Para su sorpresa, allí encontró un movimiento grande de gente que se juntaba, habían hecho una especie de altar y un muchacho gritaba su discurso con efusivas palabras y gestos:

"¡Tenemos que librarnos, emanciparnos de estos seres inhumanos que sólo quieren destruirnos, aprovecharse de nuestros logros y derechos y hundirnos en la más baja dependencia de ellos, buscando dominarnos a su antojo y arrasarnos con nuestra civilización, sin importar los derechos humanos, ya que ellos no son humanos, y por eso no les interesa este mundo, nuestro mundo!".

La gente no lo dejó terminar, debido a los aplausos enloquecidos que explotaron luego de esas palabras. Pero tan pronto fue bajando el entusiasmo del público, el muchacho continuó:

"¡Sabemos que hemos cometido errores, ya que nadie es perfecto, pero en el fondo siempre buscamos el bienestar de los demás, y nadie me puede negar que estos monstruos no están acabando con nuestros logros, que son bien nuestros y bien merecidos, y que muchos aliados humanos los están ayudando y apoyando para que nos sigan consumiendo como sociedad!".

De nuevo explotaron los gritos y los aplausos y el muchacho consideró que ya era momento de abandonar su discurso y ceder la palabra a otro compañero que agregara otras ideas. Se hizo a un lado y notó que al estrado subía una muchacha que en su paso demostraba mucha seguridad, le alcanzó el micrófono y ella lo tomó fuertemente, se ubicó

frente al público y comenzó a hablar:

"Buenos días, me llamo Ana, simplemente les vengo a informar que estuve escondida en la nave y pude corroborar lo que dijo recién este muchacho, lo alienígenas se están reuniendo con poderosos que hoy nos gobiernan y planean destruir a todo aquel que no piense igual que ellos."

Tragó saliva, porque se había puesto algo nerviosa al ver tanta gente escuchando con atención sus palabras y se le había secado la garganta, pero tomó aire y continuó su discurso:

"Nada más quiero decirles que debemos unirnos más que nunca e intentar formar una fuerza de choque que enfrente a estos bichos asquerosos."

Los aplausos explotaron también para Ana, que había podido decir lo que pensaba frente a ciento de personas. Dejó el micrófono sobre un bafle que acopló con un ruido de grillo amplificado, y que provocó que muchos se taparan los oídos de manera simultánea, bajó del escenario de prisa y allí muchos la felicitaron. Entre ellos, estaba el muchacho que había dado su discurso antes que ella y también la felicitó. Se saludaron, se miraron fijamente y, sin saberlo, cada uno de sus corazones latió más fuerte mientras duró ese instante. Después se acercaron otros a saludar y a felicitar y les pidieron que los acompañaran a almorzar a un depósito de supermercado abandonado que estaba cerca de allí. En ese lugar se reunirían con más compañeros que buscaban la liberación y podrían compartir ideas. Los dos jóvenes se mezclaron entre la gente y siguieron a los demás hacia el depósito, cruzándose las miradas de vez en cuando.

8

La fuerza desconocida

Al entrar a aquel depósito, había un tablón largo con varias sillas, donde almorzarían muchos de los que habían estado reunidos junto al escenario, ya que mucha gente había sufrido la destrucción de su casa o de su negocio y no tenía a dónde ir o de qué trabajar.

Ana estaba allí y frente a ella estaba él, el sin nombre, el muchacho con coraje que se animaba a gritar su discurso detrás de la nave enemiga, corriendo el riesgo de ser atrapado por los extraterrestres y ser torturado o asesinado en aquella nave atroz. Aunque ella también había dicho su discurso y había corrido ese mismo riesgo, y eso era lo que los unía primeramente y, después había algo más que los mantenía unidos. Ella no podía precisar qué era aquello que los unía con una fuerza que desconocía, pero se proponía averiguarlo. Lo que Ana no entendía era que esa fuerza era llamada por muchos: amor.

El almuerzo estaba muy rico, algo de carne, pollo y ensaladas se distribuían sobre el tablón. Pero en el momento menos esperado, el almuerzo se vio interrumpido por la irrupción de los Propulsorxs. Varios alienígenas entraron al depósito apuntando con sus armas. La gente comenzó a correr y a esconderse detrás de estanterías, cajas o cualquier objeto que sirviera de escondite. Ana y el muchacho corrieron hacia la misma dirección, no porque se hubiesen puesto de acuerdo, sino por pura casualidad, y se sorprendieron cuando ambos se encontraron detrás de un pilón de cajas.

- Me llamo Bastián –dijo el muchacho.

- Y yo Ana –dijo ella.

- Sí, creo haber escuchado tu nombre en tu discurso –dijo él.

Los dos se miraron a los ojos, como queriéndose decir algo, sin encontrar las palabras justas, aunque con sus miradas se decían todo, hasta que un grito los despertó de aquella ensoñación y se dieron cuenta que corrían peligro si seguían mirándose de esa manera. Bastián tomó de la mano a Ana, que se dejó guiar, y ambos corrieron hacia el portón de entrada. Se toparon con tres guardias extraterrestres que había en la puerta, pero los empujaron con tal fuerza que los bichos se cayeron sin dar tiempo a reaccionar. Tal vez era esa fuerza desconocida que los unía la que había ayudado a dejarlos escapar. Tal vez esa fuerza, llamada amor por muchos, los había ayudado. Corrieron y corrieron tomados de la mano, hasta llegar a una esquina en donde imaginaron que ya estaban a salvo. Y otra vez se dieron el tiempo de mirarse a los ojos, pero esa fuerza como un imán los acercó y sus labios se juntaron por primera vez.

9

Volviendo por los suyos

- ¡Vamos, nos pueden ver! –advirtió Bastián.

Ana no dijo nada, solo se dejó llevar. Buscaron refugio en un edificio en construcción. Desde allí vieron cómo unos alienígenas sacaban violentamente a una familia de una casa, miraron hacia otra dirección y vieron a otra familia siendo desalojada de su propia casa. Ana no lo podía creer, ese régimen estaba dejando en la calle a muchas familias. Pensó en su madre y en su hermanito José y, queriéndose ir, le dijo a Bastián:

- Me tengo que ir, mi familia debe estar en peligro.

- ¿Tu familia? –preguntó Bastián sin entender.

- Sí, mi mamá, mi hermanito José y mi padrastro, seguro los pueden dejar en la calle.

- Ah, sí, pero tenemos que ir con mucho cuidado –acotó él.

Bastián había dicho “tenemos que ir”, eso significaba que estaba dispuesto a acompañarla, que no estaba sola, que él se arriesgaba por ella. De igual manera, Ana le iba a pedir que la acompañara, pero él se había ofrecido con esas palabras antes de que ella pudiera pedirselo, y en todo caso, ella no se negaría.

Esa vez fue Ana quien tomó la mano a Bastián y lo condujo rápidamente por calles destruidas con rumbo hacia su casa. Tuvieron que esquivar la manzana de la gran colisión para no ser vistos por los guardias que allí abundaban, aunque en otros lugares también los había en menor cantidad, y yendo sigilosamente se los podía superar.

Bastián había tomado un pedazo de poste de madera para defenderse en caso necesario y en una esquina vio lo que podía mejorar su primitiva arma, al ver un guardia extraterrestre de espaldas a ellos. El muchacho detuvo a Ana, le pidió que no hiciera ruido y que se quedara allí mismo, detrás de él. Luego se acercó al guardia con el palo pesado bien sujeto con las dos manos, lo levantó al cielo y lo dejó caer con todas sus fuerzas sobre el bicho asqueroso. Éste se desplomó, Bastián tomó el arma extraterrestre, que era como un fusil terrestre, pero más avanzado y con otras formas, y salió corriendo. Ana corrió a su lado, ahora tenían un arma con qué defenderse.

Cuando llegaron a su casa, Ana le pidió a Bastián que se escondieran en la vereda de enfrente a vigilar el movimiento y asegurarse si podían entrar sin problemas. Ya era tarde, los Propulsorxs habían tomado su casa y no había señales de que allí vivieran aún su madre y su hermanito.

- Tenemos que buscar la forma de entrar –dijo Ana.

- Sí, pero hay un guardia en la entrada –dijo Bastián.

- A ver, dame ese arma –dijo ella.

- ¿Qué vas a hacer? –preguntó él.

Y antes de que ella pudiera contestar, le había disparado al guardia y lo había matado, pero a la vez había roto parte de la puerta de entrada de la casa. Varios guardias salieron del interior a ver qué había pasado y también recibieron una descarga de Ana. Al parecer, ya no salían más bichos del interior.

- Vamos, entremos –dijo Ana.

Bastián se apresuró a seguirla y juntos entraron a la casa.

10

Buscando a la familia

Dentro de la casa todo estaba revuelto. Los bichos repugnantes habían revisado cajones, estantes, puertas y muebles buscando no sé qué cosa, tal vez la buscaban a Ana, creyendo que se encontraba escondida en algún rincón de la casa, tal vez buscaban archivos, contactos, pistas que pudieran dar con ella o conocer sus propósitos. Lo cierto es que no había rastros de su madre, ni de Josecito, ni de su padrastro, ni de su gato Florencio.

Ana se arrodilló, llorando desconsoladamente. Bastián tuvo que consolarla y sostenerla para que no se cayera al suelo. Es que el meteorito no sólo había herido en el cuerpo a algunos, también había herido en el alma a otros.

Cuando Ana se compuso un poco, se sentaron los dos en la cocina, se abrazaron y estuvieron pensativos un rato. Luego Ana dijo:

- Bastián, tengo que ir a buscar a mi familia. Si vos no querés ir no te voy a obligar, te podés quedar acá, pero yo necesito buscarlos y traerlos de vuelta.

- Ana, estoy dispuesto a ayudarte a buscarlos, pero ¿por dónde vamos a empezar? –dijo él.

- No sé, primero tenemos que ir a la casa de algunos familiares, tal vez estén escondidos o refugiados ahí y después veremos...

- Bueno, lo mejor será comer algo primero, reponer energías y después salir.

- ¿Tenés hambre? –preguntó Ana.

- Mucha –dijo el muchacho.

- ¿Y tu familia? ¿Vive en esta ciudad? No me has contado nada sobre ellos –dijo ella.

- Sí, viven acá –dijo él, rehusándose a dar más información, como quien no quiere hablar del tema.

- Pero, contame, quiero saber ¿Tenés padres, hermanos, tíos, primos?
-insistió Ana.

- Sí, tengo padres. Soy hijo único. No sé nada sobre ellos. Me imagino que estarán en la casa, vivimos bastante apartados del centro, donde fue el impacto, y creo que hasta las afueras no han llegado todavía los alienígenas. Podemos buscar primero a tu familia y después a la mía -dijo Bastián.

- Sí, vamos a hacer eso -dijo Ana, mientras preparaba unos sándwiches de jamón y queso.

Después de comer y beber algo, salieron a la calle. Afuera debían tener cuidado, ya que de vez en cuando algún alienígena aparecía y debían esconderse o tratar de pasar inadvertidos.

Luego de caminar unos pasos, a tres casas de allí, los dos chicos escucharon un chistido que provenía de una persiana baja. Detrás de la ventana cerrada, alguien los estaba llamando y Ana creía saber de quién se trataba.

- ¿Es usted, don Blanco? -preguntó la joven.

- Sí -dijo el viejo en voz baja- acérquense a la puerta que les abro.

- Bueno -dijo Ana mirando desconcertada a Bastián.

El viejo había abierto una rendija de la puerta y, los dos jóvenes, luego de asegurarse de que nadie los viera, se acercaron. Don Blanco abrió y los dejó pasar cautelosamente.

- Pasen, siéntense ¿quieren tomar algo? -preguntó el viejo.

- No, no, está bien -respondió Ana, que no entendía por qué tanta amabilidad, si muy pocas veces se habían saludado en el barrio y ella jamás había entrado a la casa de aquel viudo. En su interior había un olor a flores marchitas y todo era muy diferente a lo que Ana se había imaginado. Todo cobraba un color amarillento: paredes empapeladas, techos, luces, cortinas. Se observaba que don Blanco no vivía encerrado desde la caída del meteorito, sino desde hacía mucho más tiempo.

- ¿Pasó algo? -preguntó Bastián.

- Sí, me imagino que fuiste a tu casa, Ana, y que no encontraste a nadie ahí.

- Sí, así es ¿Usted sabe algo? ¿Sabe a dónde están? –preguntó ella.

- Sí, lamentablemente tengo que decirte que a tu familia se la han llevado hoy esos bichos horrendos.

Ana golpeó la mesa con su puño y Bastián la contuvo.

- Y dígame, ¿en qué se los llevaron?

- En un camión del gobierno, lo manejaban alienígenas.

- Esto es extorsivo –dijo ella- Mi familia no hizo nada, me buscan a mí. Hay que investigar a dónde se los llevan. Gracias, don Blanco, vamos a buscarlos.

El muchacho y la muchacha salieron a la calle nuevamente. En la vereda de enfrente había una Trafic estacionada. Bastián la vio y se apresuró a decir:

-Vayamos en esa, yo me encargo de hacerla arrancar.

11

Enfrentamiento

Dos cables hicieron chispas al juntarse y el motor se encendió. A faltas de llaves, cables pelados. Sí, estaban robándose una camioneta Trafic, pero con un fin solidario o necesariamente humanista, afectivo. Debían encontrar a la familia de Ana antes de que fuera demasiado tarde. Cargaron las armas que les habían sacado a los Propulsorxs abatidos y la camioneta comenzó a andar.

Al pasar por una esquina, una luz azul se encendió sobre un vehículo extraño, que flotaba a ras del sueño, y comenzó a seguirlos.

Cuando Bastián se dio cuenta, le pidió a Ana que mirara con atención por el espejo retrovisor de su puerta. Doblaron en dos esquinas y el vehículo seguía tras ellos, efectivamente corroboraron que los estaban persiguiendo. Apuraron la marcha, el otro vehículo también lo hizo. Un altavoz con un idioma desconocido lanzó unas palabras ininteligibles. Seguramente era un pedido para que se detuvieran, pero Ana y Bastián no lo iban a acatar, ya que corrían peligro de que los tomaran cautivos.

El vehículo deslizador tenía una especie de caños de escape hacia adelante. En un momento la luz azul que brillaba sobre el aparato comenzó a producir una luz mucho más incandescente y un disparo salió de uno de los dos caños de la parte delantera, destruyendo una de las

ventanillas traseras de la Trafic.

Ana se agachó y algunas esquirlas de vidrio cayeron sobre ella. Bastián casi pierde el control de la camioneta al asustarse por el estruendo, pero pudo estabilizarla.

No cabían dudas de que eran los Propulsorxs los que los perseguían y buscaban detenerlos a toda costa.

La camioneta seguía avanzando a toda velocidad por las calles y detrás venía el vehículo flotador. De vez en cuando disparaba tiros que daban contra partes inútiles de la Trafic y otras veces Bastián daba volantazos, logrando esquivar los disparos.

Ana se acordó de las armas de los mismos Propulsorxs que habían cargado en la parte trasera. Se pasó para atrás, era como un enorme depósito vacío, tomó una de las armas, apuntó desde la ventanilla rota y apretó el gatillo. Pensaba darles un poco de su propio remedio. Un rayo láser salió con fuerza y la hizo caer hacia atrás. El disparo dio de lleno en la parte delantera del aparato deslizador y rápidamente se encendió fuego. Al cabo de unos metros, se detuvo, el fuego lo tomó por completo y estalló en plena calle, provocando un gran hongo de humo en el cielo.

- Ya está –dijo Ana volviendo a sentarse en su asiento, junto a Bastián, que la miró y no podía creer lo que ella había hecho.

Ya más tranquilos, disminuyeron la velocidad, pero la camioneta comenzó a fallar. Bastián miró el tablero, buscando la razón de tal falla, hasta que vio el medidor de la nafta y su aguja en lo bajo.

- Nos estamos quedando sin nafta- le aclaró Bastián a su amiga.

- Busquemos una estación de servicio- propuso Ana.

Aunque fue demasiado tarde, la Trafic, después de corcovear como un caballo, se detuvo en medio de la calle.

12

Calles solitarias

No podían seguir avanzando con la camioneta y tampoco podían permanecer escondidos allí adentro, ya que habían quedado varados en medio de la calle. Así que se bajaron sigilosamente y comenzaron a andar por la vereda, pegados a las paredes de las casas. Algunos perros ladraron al escuchar los pasos de aquellos dos fugitivos. Todo el barrio estaba en silencio, seguramente la gente estaba escondida en sus casas, intentando no hacer ruido para no ser llevados por los Propulsorxs, o tal

vez ya se los habían llevado a todos y por eso no volaba ni una mosca y sólo se escuchaban los pasos de esos dos forasteros que pasaban sigilosos. Estaba atardeciendo, el sol bañaba las calles y las casas de amarillo, las sombras se habían alargado sobre el asfalto. Un gato saltó de un techo a un tapial. Ana lo vio y se acordó de su gato Florencio ¿Dónde estaría su familia? ¿Dónde estaban todos? Pobrecito su hermanito José y, aunque había discutido con su madre, también la extrañaba y jamás dejaría de quererla, por más diferencias que tuvieran, nunca iba a dejar de ser su madre.

El gato se lavaba en el tapial, relamiéndose una pata delantera y pasándosela por la cara, cuando un rayo láser lo electrificó y cayó muerto en la vereda. Alguien le había disparado. Ana y Bastián corrieron a esconderse detrás de un container de basura y desde allí observaron qué era lo que estaba pasando. En ese momento, un Propulsorx armado se acercó al gato, con una uña filosa le abrió el estómago y comenzó a comerle las entrañas. Ana tuvo que desviar la mirada para no vomitar. El olor nauseabundo pronto llegó hasta el otro lado de la calle, donde estaban escondidos los dos jóvenes y tuvieron que apretarse las narices para poder permanecer allí escondidos.

El alienígena vació por dentro al gato y tiró su piel como si fuera una cáscara de banana. Luego siguió su marcha, relamiéndose de lo mucho que había disfrutado el banquete.

- Son carnívoros –se jactó Bastián-, aunque todavía no saben qué animales pueden comerse o no, o quizás no sepan que pueden cocinarse.

- A lo mejor les gustan en especial los gatos ¡Pobre Florencio, seguro que ya se lo comieron! –exclamó Ana muy preocupada.

- No, no te preocupes, haceme caso, seguro que cada bicho de estos está probando diferentes clases de carnes, de distintos animales para decirles a los demás cuál es la más sabrosa.

- Pero Florencio también es un animal y puede llegar a entrar en su menú –se lamentó Ana.

- O tal vez no, no te des manija, sigamos que allá hay una estación de servicio y podemos pedir ayuda.

13

Grandes sustos

En la estación de servicio parecía no haber nadie. Con mucho cuidado, Ana y Bastián entraron. Adentro del local sólo habían quedado las mesas y sillas vacías donde la gente se detenía para tomarse un café o comer algo,

y luego continuar su camino. En el mostrador no atendía nadie. Golpearon las manos, esperaron unos minutos, pero nadie apareció. Ana vio un recipiente de vidrio con unas medialunas debajo, levantó la tapa y comenzó a comer indiferente, y masticando preguntó:

-¿Qué hacemos? Parece que no hay nadie.

- Busquemos algún bidón y lo llenamos de nafta, así podemos seguir en la camioneta, es más seguro –propuso Basti&aacut